

UN DÍA EN TENERIFE

La mañana
Es una mañana cualquiera del otoño de 1995. Me levanto a las siete de la mañana. Vivo en La Orotava. A las siete y cuarto salgo para la Universidad. Llego a las ocho menos cuarto al Campus de Guajara. Ha habido una pequeña retención a la altura de Los Rodeos que se desvanece muy pronto.

Es una mañana cualquiera del otoño de 2005. Vivo en El Puerto de la Cruz. No llueve. Son las seis de la mañana. Estoy sentado en mi coche en la TF-5, a la altura de Santa Úrsula. Miro hacia todas partes y sólo veo coches. La serpiente de luces de freno se pierde en el infinito, subiendo por la pendiente de la Victoria y la Matanza y terminando hasta donde alcanza la vista, en la curva de El Sauzal. Me esperan, si hay suerte, cuarenta minutos más de colas intermitentes o casi continuas, de acelerones bruscos, de frenazos inesperados. Eso, si no hay accidente o empieza a llover. De ser así, a los cuarenta minutos habría que añadirle una hora adicional. Estoy solo en el coche, como los automovilistas de nueve de cada diez coches que veo. Las caras reflejan sueño, hastío, indignación, resignación.

Pienso en una de las muchas paradojas de estos tiempos. Comprar un coche es muy sencillo, mientras que el precio del combustible que se necesita para moverlo no para de subir. Me viene otra paradoja a la cabeza. En un sistema viario cerrado como el que tiene esta Isla, no se controla el incremento del número de vehículos que no para de subir. A mi derecha veo una guagua de TITSA, rodeada de automóviles, inmovilizada, como un elefante indio atacado por tigres. Para ellos el tormento aún será mayor.

Mis pensamientos no quieren dejarme tranquilo. En la era de internet, el móvil y el fax, las sedes de las Administraciones Públicas Insulares, Regionales y Estatales, se concentran en Santa Cruz, cuyos accesos se convierten en un gran culo de botella al que vamos a parar cada día decenas de miles de trabajadores, que nos dirigimos a nuestro puesto de trabajo, y varios miles de ciudadanos más para hacer sus gestiones. Antes en La Laguna, otros miles de conductores se habrán quedado para asistir a sus clases, que en el colmo de los despropósitos, en la mayor parte de los casos, empiezan a las ocho. En esta era de la movilidad, de la flexibilidad, no se pueden coordinar los horarios de entrada de empresas, Administraciones y centros docentes.

Me planteo si es necesario este sufrimiento, tantas pérdidas económicas, generar tanto estrés. Pensaba que acercarse a niveles europeos, no implicaba asumir niveles de estrés europeos. Obviamente, estaba equivocado. Estamos condenados a padecer los inconvenientes de las grandes ciudades si queremos disfrutar de sus ventajas. Pero ahora que lo pienso ¿Qué ventajas?

Desde el año 95, la población ha crecido en 200.000 personas. Hoy Tenerife tiene más de 800.000 habitantes.

La radio está puesta y las noticias se suceden. Un estudio del Instituto de Estadísticas de Canarias (ISTAC) prevé que hasta el 2019, la población en Tenerife crecerá en 200.000 personas más y en toda Canarias llegará a los 2,5 millones.

Un responsable del Gobierno de Canarias, anuncia que cada año se matriculan en este Archipiélago 80.000 automóviles nuevos, de los cuales 44.000 corresponden a la isla de Tenerife. Espero su comentario, espero escuchar qué medidas piensa el Gobierno tomar para abordar esta situación. Espero que anuncie el carril bus desde el Valle de La Orotava hasta Santa Cruz y el estudio de formas alternativas de transporte. Espero que anuncie la construcción de un intercambiador en el Norte. Espero que hable de refuerzo de las líneas y de nuevos descuentos para jóvenes. Espero que anuncie que hay que abandonar la cultura del coche, y que el Gobierno va a apostar por el transporte público. Que hay que frenar la venta de vehículos. Espero, espero, pero no escucho nada. Sólo el dato frío dado con una voz que muestra sorpresa y desconcierto a la vez.

El coche avanza lentamente mientras escucho otra entrevista a un alto responsable del Gobierno de La Isla. Dice que nadie podía prever un aumento de la población como el que se ha producido. Que la Sanidad y las infraestructuras, no están preparadas para soportar esa avalancha de gente. Espera un momento, admitir la veracidad de estas declaraciones es ignorar que es posible planificar, ordenar y orientar la política económica tal y como recogen que se debe hacer en la Constitución y los Estatutos de Autonomía Estado, Comunidad Autónoma y Cabildo. Admitir esto, es admitir que no ha existido y que no existe planificación territorial y urbanística. Admitir esto, es asumir que nadie es responsable de lo que está sucediendo.

Escucho el anuncio de una empresa que me promete seguridad en las inversiones en la Reserva de Inversiones de Canarias (RIC). Adelanto en la cola a un Porsche Cayenne que cuesta veinte millones de las antiguas pesetas. Un coche RIC, pagado casi con toda seguridad con fondos de la Reserva de Inversiones de Canarias, que permite no tributar por el noventa por ciento de los beneficios empresariales. Pero en la cola, mi Opel Corsa y el Porsche, son iguales. Sin embargo no me siento igual que su dueño porque yo pago religiosamente mis impuestos, él no.

Escucho a un miembro del Gobierno de Canarias que dice que Madrid no garantiza la continuidad del Régimen Económico y Fiscal de estas Islas, por las reticencias de la Unión Europea. De repente, el Porsche desaparece.

Santa Cruz se va aproximando lentamente. Y finalmente llego. Son las siete y diez. Busco aparcamiento en algún sitio. Huyo de los aparcamientos "públicos" que siguen cobrando por hora. Será que es verdad, como dicen las tesis ultraliberales, que hay que huír de lo público.

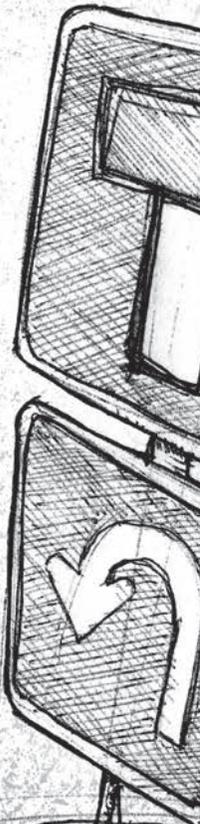
Encuentro aparcamiento en un sitio donde hay un guardacoches. Me pide un euro por lo que pueda pasar.

En el desayuno ojeo el periódico más leído en la Isla. Observo que es la edición de ayer. Me llama la atención una sección del Editorial que se llama "Asuntos para no olvidar". Leo con sorpresa, que falsos ecologistas pagados por el oro amarillo fueron los que impidieron la construcción del tendido de alta tensión de Vilaflor. Me extraña esa aseveración. En primer lugar, porque todo oro es amarillo y porque sólo una de las mayores empresas del mundo tendría dinero para pagar a cien mil personas, que fueron las que salieron en la manifestación ¿Será que Bill Gates de Microsoft pagó a los manifestantes? Yo estaba ese día y no vi un dólar. Voy a anotar en mi agenda que debo escribir al bueno de Bill para que me pague lo que es mío.

La tarde

Salgo a las tres y el recorrido hasta el coche es como una liberación. Mi cuerpo se mueve. Siento las piernas. Me subo en el coche y comienza la pesadilla. A la altura del Campus de Guajara ha habido un accidente y los cuatro carriles están colapsados. Escucho por la radio un anuncio de una concentración de tuning en Buenavista y un concierto en el Recinto Ferial, el partido del Tenerife el domingo y una nueva muerte por violencia doméstica. Se está construyendo un Parque Temático en el Sur con atracciones que nada tienen que ver con Canarias. El Fiscal General del Estado habla de las mafias implantadas en Canarias. La pobreza, según Cáritas, ha alcanzado a nuevas capas de población y azota con fuerza a los jóvenes.

Vamos en cola hasta después del Padre Anchieta. Las mismas caras. Una sola persona por coche, los tigres acechando a los elefantes. Por fin la retención desaparece, un choque por alcan-





ce, vidrios rotos. Nada grave, pero la retención, como casi todas, ha sido por la curiosidad.

A la altura de Tacoronte, escucho que el porcentaje que representa la agricultura en el conjunto del PIB canario, ha caído por debajo del 9%. Un consejero del grupo de gobierno del Cabildo, se queja de que ningún partido político de Canarias ocupando responsabilidades de Gobierno, incluido el suyo, ha hecho lo suficiente por defender la actividad agrícola y el suelo rústico. Creo oír la palabra dimisión. Me equivoqué, era la de un Ministro en Inglaterra.

Oigo que todos los partidos políticos han votado al unísono a favor de la construcción de un puerto en Graciosa. Ni una sola voz discordante. Pero espera, creo oír que cuarenta parlamentarios del grupo de gobierno han votado en contra del Presidente, su jefe de filas. Me equivoqué de nuevo, era otra vez en Inglaterra.

Me voy aproximando al Valle y dirijo la vista hacia La Quinta. Veo los nuevos viarios de la urbanización que se está construyendo sobre el acantilado. Me acuerdo de mis excursiones por allí, de la antigua batería de costa, de un cemental planeando, de tabaibas y cardones. Me obligo a dejar de pensar. Más arriba, hay torres de apartamentos de un estilo arquitectónico inclasificable. Gigantescas grúas de obra, proliferan por doquier, en un suelo que no hace tanto tiempo estuvo cultivado. Entro en el Valle y veo edificaciones por doquier y en medio los cultivos cercados, rodeados por el gris, desapareciendo.

Por la radio, escucho a un político local decir que el turismo está en crisis y que hay que buscar nuevas alternativas. Desgrana entonces, las bondades de los campos de golf. En el Valle hay que

hacer tres. A mi mente acude la imagen de un desierto verde, donde una decena de personas ocupa miles de metros cuadrados, del césped asfixiando a la tierra, de un palo golpeando una bolita blanca que vuela y se pierde. Vuelvo a la realidad y entro por Martiánez, para ver una Ladera plagada de edificaciones y una playa desmembrada, un conjunto de piscinas de agua salada rodeada de mar, los restos de unos charcos que atesoraron no hace mucho tiempo el milagro de la vida. Me acuerdo del sueño de Sventenius, de su proyecto para crear un Jardín de Plantas Canarias en Martiánez y de los locos que le apoyaron, Celestino y Telesforo. En la radio hablan de la posibilidad de construir un teleférico a La Paz. Cambiará la imagen del Puerto, será un atractivo turístico más. Me viene a la mente una piragua y un loco trepando por el acantilado, las casetas plantadas en la playa, Los Llanos cultivados de Martiánez ¿Quién querrá sobrevolar torres de hoteles apartamentos hasta llegar a lo alto de un acantilado destruido, encerrado en una cabina?

Atravieso en caravana de coches, el casco de la ciudad y contemplo a los extranjeros paseando. Buscan un banco donde sentarse, donde recibir un poco de brisa marina y un rayo de sol. Me viene a la mente la historia de un pueblo, marinero y labrador, que un día soñó que el turismo le sacaría de su penurias. De un pueblo que lleno de ilusiones, se lanzó a edificar, ocupando cada metro cuadrado, levantando grandes moles en primera línea de costa, echando abajo casas que formaban parte de su patrimonio, para construir modernos edificios de apartamentos. Llego al aparcamiento y cierro el coche. Al bajar, de nuevo tengo que lidiar con otro aparcacoches. Atravieso La Plaza del Charco que bulle de actividad. Los niños juegan en el parque y sonríen confiados, mientras sus padres hablan de crisis.

La noche

Miro al Valle desde la punta del Muelle y veo miles de luces. Muchos de los que me encontraré a la mañana siguiente están en esas casas, preparándose para un nuevo día. El dolor me invade. Veo a los extranjeros y locales reunirse en torno a unas castañas y un vaso de vino. La mesa une a gente de toda procedencia, clase y condición. Mi humor empieza a cambiar.

Me voy a la cama y sueño. Estamos todos hablando. Dialogamos sobre el camino a seguir. Hacia donde vamos y hacia donde queremos ir. Cómo vamos a llegar. A qué estamos dispuestos a renunciar. Qué queremos conseguir. Ya hemos aprendido de los errores del pasado, que no queremos repetir. No creemos en soluciones milagrosas, ni en mesías redentores que prometen solucionar todos nuestros problemas. Creemos en la fuerza de la palabra, en el debate abierto, en la libertad de expresión. Es posible criticar incoherencias, es posible reclamar mejoras. Las peticiones son escuchadas y asumidas como un intento de contribuir, de ayudar. Nadie es un santo, nadie es el demonio. Todos empujamos hombro con hombro.

§